



MAY R AYAMONTE

DE NADIE:

PRIMERA

NOCHE

RELATO

CROSS
BOOKS

Crossbooks
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, May R Ayamonte, 2017
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Ian se mira en el espejo y sonríe satisfecho: le gui a un ojo a su reflejo con gesto seductor y se pasa los dedos por el pelo rubio para peinarlo hacia arriba. Está listo para la fiesta.

Busca a su padre por la casa para despedirse antes de marcharse. Hace un año que le deja salir con sus amigos de noche; consiguió que John cediera tras varias escapadas —y sus correspondientes castigos—. Es cierto que a Ian aun le faltan dos meses para cumplir los dieciseis y que ya ha repetido varios cursos, pero su padre está harto de discutir cada día por este asunto, y por fin ha asumido que no

puede retenerle frente a los libros todo el verano.

Baja al comedor y encuentra a John sentado en el sofá mirando fotos antiguas: a pesar de que hace años que la madre de Ian murió, sigue recreándose en sus recuerdos, negándose a pasar página.

—*Dad*—lo saca de su ensimismamiento con toda la suavidad de la que es capaz.

Aunque intentan hablar español entre ellos para practicar, les resulta bastante forzado y siempre arrancan en su propia lengua. Ya hace siete que se vinieron a España desde su Inglaterra natal, pero a John le sigue costando adaptarse, y por más que Ian se esfuerza en ayudarlo con el idioma, los resultados son bastante deplorables.

—*Just give me a second and...*

—Papá, español.

—Sí, Ian. Solo unos segundos que guarde *los* fotos de tu madre.

—Era guapa, ¿eh? —le dice su hijo sentándose a su lado.

—Mucho. Y *very* viva.

Ian asiente con la cabeza y se despide de él con un beso. Su padre le hace un gesto señalando el reloj para que recuerde que no ha de llegar tarde, aunque sabe que no le hará caso y que regresará de madrugada.

Con paso ágil se encamina a casa de Lucía, una compañera de clase con la que lleva enrollándose un tiempo. Es cierto que hay muchas más chicas en su vida, pero sin duda en ella es la que más se interesa, quizá porque fue la primera con la que se acostó, justo al cumplir catorce años. Durante un tiempo dejaron de verse, y ahora, casi dos años después, han repetido varias veces.

El pueblo es pequeño y la casa de Lucía queda a unos diez minutos andando de la suya. A medio camino Ian se da cuenta de que se ha olvidado el tabaco. Tampoco ha traído nada de alcohol, porque seguro que en la fiesta habrá de sobra.

Justo antes de entrar se encuentra a su amigo Hazel sentado en la puerta. Lle-

va su *look* de siempre, chaqueta de cuero, pantalones ajustados y el pelo oscuro despeinado. A su lado, compartiendo un cigarrillo con él, está Sonia, que últimamente lo acompaña como si fuera su sombra.

Los veranos en el pueblo con Hazel son lo mejor. Se llevan seis años, pero a pesar de la diferencia de edad, desde que se conocieron en el equipo de baloncesto son inseparables. Hazel es una persona bastante rara, ha cambiado mucho desde el día en el que a Ian lo subieron a su categoría y se vio rodeado de chavales mayores que él. Aunque su estilo de vida es muy poco convencional, también es divertido y le aporta una visión mucho más experimentada.

—¿Qué hacéis aquí con esas caras de mustios? —les pregunta nada más llegar.

Sonia le sonrío y se levanta para saludarlo. A pesar de que le cae bien, Ian se siente un poco incómodo con ella porque una vez intentó ligar con él y no le

atrae en absoluto. Aunque suene como un niño superficial, a él lo que le van son las chicas guapísimas, como las de las revistas. Y Sonia está bastante por debajo de ese umbral. Le da igual si lo consideran frívolo, la verdad es que a él le ponen las *top model*.

—Hazel está de bajona por lo de Wilson.

A Ian no le gusta hablar de las relaciones amorosas de su amigo porque no termina de entenderlas. Tampoco se siente cómodo con el tema Wilson, nunca lo ha tragado. Es cierto que gracias a Hazel ha dejado de ser homófobo, pero aún así hay cosas que todavía le cuesta trabajo comprender.

—Toda bajona se sube con un par de copas. —Ian coge a Hazel de un brazo y tira de él para que se levante.

Al abrir la puerta se encuentran un panorama caótico, hacía tiempo que no iba a una fiesta tan loca en el pueblo. Hay muchísima gente bailando en el salón y

en los pasillos, bebidas por todos lados y chicas despampanantes, aunque a Ian no lo impresionan, porque ya ha estado con prácticamente todas las que le gustan.

Hazel y Sonia se sienten un poco fuera de lugar: son los mayores de la fiesta y han caído allí casi por error, aunque no se cortan en colarse, sobre todo si hay copas gratis.

De repente el teléfono de Ian empieza a vibrar y ve que tiene seis llamadas perdidas. Vuelve a guardarlo, sin contestar.

«Qué pesada.»

No tarda en encontrar a Lucía, bailando con sus amigas. Está guapísima con ese vestido rosa que se ciñe a sus caderas mientras se contonea al ritmo de la música. Lleva la melena recogida en dos trenzas tan negras y brillantes que parecen azules.

—¡Ian! —exclama mientras lo saluda con la mano.

Él se acerca para besarla, pero cuando ya casi tiene los labios en su boca, ella

gira la cara y se aleja bailando. Cruzan una mirada juguetona y él vuelve a aproximarse: entonces Lucía lo agarra por el culo y lo atrae hacia sí.

—Hoy estás preciosa.

—Tú no —replica ella riéndose.

Se conocieron en el instituto, los dos repetían curso: Ian iba como loco detrás de ella porque era la chica más desarrollada de la clase. En una fiesta de cumpleaños se encerraron en una habitación y, entre bromas y tanteos, perdieron la virginidad juntos. Ella no quiso volver a hacerlo y cuando cambió de instituto, dejaron de verse. Ahora se han reencontrado, ese par de años alejados les ha permitido vivir más experiencias y, aunque ninguno de los dos quiere un noviazgo serio, sí se enrollan de vez en cuando y comparten muchas aficiones, como ver partidos de baloncesto en la tele o salir a correr.

—Siempre tan cruel...

—Y tú tan irresistible —murmura an-

tes de meterle la lengua en la boca, mientras le acaricia el cuello.



Últimas semanas de libertad. El verano ha machacado a Hazel: no volverá a disfrutar de una fiesta así hasta dentro de mucho tiempo. ¿Cómo dejar en *stand by* tu vida durante tres años y desaparecer? Cuando regrese quizá ya no le quede nada: ni familia, ni amigos, ni un futuro por el que luchar.

Lo peor es saber que nadie a su alrededor es consciente de toda la mierda que se le viene encima. Necesita contárselo a alguien: a Wilson, o a Ian... Al menos a las personas que de verdad lo quieren y se preocupan por él.

Está sentado en el porche de la casa de Lucía, escuchando la música y las voces que gritan y se divierten. Por más bullicio que haya, no puede dejar de darle vueltas a lo que ocurrirá en menos de quince días y

a cómo serán los próximos tres años.

—¿Una cerveza? —Sonia se sienta a su lado, y su falda se remanga, dejando ver sus voluptuosos muslos.

—Nunca viene mal...—le contesta Hazel taciturno.

—¿Por qué no entras y lo das todo? Empiezo a echar de menos al Hazel de siempre. No sé por qué te has pirado, lo estábamos pasando bien. Tengo coca, si te apetece.

Él la rechaza con un gesto desganado.

—¿Estás así por Wilson? —le pregunta ella mientras saca un cigarro y lo enciende.

—No solo, pero también. Está enfadado. No entendió que volviera a acostarme con Cristóbal, y he sido un capullo... ¿por qué hago daño a las personas que me rodean?

Sonia cruza las piernas y suspira.

—Deja de hacerte la víctima, Hazel. ¿Tenía que ser con Cristóbal? ¡Joder, es tu ex! ¿Cómo esperabas que reaccionara Wilson?

—No lo sé. Yo le dejé clara cuál era mi manera de entender las relaciones. Él no quería escucharme y ahora... sé que me va a dejar.

—Cuando llegue intenta arreglar las cosas. Podéis pasar página y...

—¡Para qué! —explota Hazel con rabia, y después intenta serenarse—. Cambiemos de tema... ¿Tú cómo estás?

—Pues mira, he conseguido trabajo en una cafetería de Madrid. Pagan una miseria, pero con lo que me ha costado que me contratasen, no me voy a poner exquisita... Tardo una hora en ir y otra en volver en tren, pero al menos me dará para pagar el alquiler e ir tirando. Luego ya veremos. Y por lo demás... De tíos voy bien servida, aparte de Andrés. ¿Te conté lo del buenorro al que conocí en el supermercado? ¡Ese está entre mis *top 10* del año, fijo!

Y así, Sonia sigue hablando mientras Hazel no deja de pensar en que las fiestas, el alcohol, las drogas, la carrera y todo lo

que consideraba importante quizá no lo sea tanto como el hecho de ser libre y poder vivir su vida como quiera.



La cena está siendo tan tensa como cada noche. La madre de Olivia se levanta cada dos minutos para satisfacer alguna exigencia de Marco, su novio, y él no deja de quejarse. Olivia se muerde la lengua y fija su atención en el plato. Ese tío lleva viviendo con ellas menos de un año y ha ocupado el espacio que dejó su padre tras el divorcio.

En realidad Olivia llevó bastante bien la separación de sus padres, e incluso la custodia compartida resultó sencilla. Hasta que su madre empezó a salir con Marco y poco a poco este comenzó a tomar las riendas de la casa y a anular a su pareja.

—Estoy hasta los cojones de que te pases con la sal, Esperanza. Menuda co-

cinera estás hecha —dice mirándola con desprecio.

—Ay, ¿otra vez? Lo siento mucho. Últimamente no sé qué me pasa.

—¿Últimamente? Creo que no has aprendido a ser una mujer en tu vida.

Olivia sabe que esta discusión acabará como siempre: Marco se levantará gritando y Esperanza se encogerá hasta que su voz no sea sino un hilillo fino y lastimero. Le encantaría poder defender a su madre, pero con solo trece años no tiene ninguna fuerza ni autoridad. Tras ayudar a recoger la mesa y fregar los platos, Olivia se encierra en su habitación. Se supone que va a dormir, pero esta es su gran noche. Su primera fiesta. ¡Y la invitó Ian! Siempre tan guapo, tan mayor, tan *british*... Lo ha llamado varias veces para asegurarse de que se encontrarán allí, pero no ha respondido. Da igual, ella irá de todos modos: seguro que no oye el móvil con la música a todo volumen y el alboroto de la gente.

Ha intentado convencer a sus mejores amigas para que vayan con ella, pero esta vez no podrá ser. A Narella le da miedo salir a escondidas de casa y que luego la pillen, y Nadia todavía está intentando superar la muerte de su padre.

Olivia no sabe muy bien qué ponerse, nunca ha ido una fiesta y no tiene ropa adecuada. Lo único que podría servir es el vestido que se puso para una comunión el año pasado, aunque le da miedo quedar ridícula y que se la vea demasiado infantil. Lo combinará con las medias de rejilla que heredó de su prima mayor y listo. Se recoge la melena con una pinza claveteada de tachuelas y por último se calza sus bailarinas favoritas. No se maquilla porque ni siquiera tiene con qué, así que lo único que se aplica es un brillo de labios que venía de regalo con una revista que resultó ser una mina de oro, porque también traía una muestra de un perfume caro que Olivia estaba atesorando para una ocasión como la de esta noche.

Mira el reloj una y otra vez hasta que oye a los adultos meterse en su habitación y apagar las luces. Cuando cree que ya están dormidos, sale sigilosamente de la casa, no sin antes coger las llaves, que están colgadas de un gancho al lado de la puerta. Le habría gustado bajar por la ventana del chalé, pero se habría descalabrado: esas cosas solo las hacen en las películas de Hollywood.

Llama de nuevo a Ian, pero sigue sin responder, así que se pone en marcha. Mientras camina a buen paso para llegar antes de que él se vaya, recibe un WhatsApp.

Narella

A pasarlo d lokos Oli!

Probablemente a la hora que es ya estará metida en la cama. Y Nadia, como de costumbre, está ilocalizable. Ahora más que nunca, las dos amigas se están volcando en ella para intentar animarla. Aunque no está siendo fácil, pues se ha

alejado bastante y se ha encerrado en sí misma.

Cuando llega a la casa escucha la música desde fuera y empieza a dar saltitos emocionada. ¡Su primera fiesta! Cruza la puerta de la entrada y cuando ve lo que hay delante de sus ojos no puede contener una sonrisa nerviosa. Parece una peli americana. Están todos los tíos mayores del instituto, hay parejas besándose en cada rincón y otros bailando en la pista. No conoce a nadie, ni siquiera sabe quién es la anfitriona, una tal Lucía. Pero no le importa estar un poco descolocada, ella ha venido para estar con Ian, y verlo es lo único que la preocupa.

Porque por fin le presta atención.

Se pasea por la casa en busca de su amigo, pero no lo encuentra por ningún lado, así que se acerca a la zona de las bebidas a esperar. Entonces una voz la sorprende justo por detrás:

—¿A quién tenemos aquí?

Al girarse se encuentra con un chico

al que no conoce de nada. Parece tener unos tres años más que ella y es bastante guapo. Podría ser del equipo de fútbol del pueblo, aunque no recuerda haberlo visto nunca.

—Hola —saluda Olivia tímida.

—¿Cómo te llamas, guapa?

Olivia no puede creerse que le esté hablando a ella. Es cierto que liga mucho con los de su edad porque es muy descarada y directa, pero los mayores son otro rollo. Decidida a no cortarse por nada, se acerca y le da un beso en cada mejilla con total desenvoltura.

—Olivia, ¿y tú?

—Toni —la mira de arriba abajo—. ¿Qué haces aquí tan sola?

—He venido con un amigo, pero no lo encuentro.

—Bueno, pues ya tienes otro amigo.

—Guay —responde sin saber qué decir.

Guardan silencio durante un rato incómodo.

—¿Sabes cuánto pesa un oso polar? — pregunta él de repente.

—No...

—Lo suficiente como para romper el hielo —le responde con un guiño.

—¿Se supone que es un chiste? ¿Me tengo que reír?

—A los pocos segundos se le escapa una sonrisa.

—¿Ves? Funciona.

Olivia no deja de buscar a Ian con la mirada. No lo ve por ningún lado y comienza a sentirse incómoda cuando Toni se le acerca demasiado y le toca el pelo.

Ojalá estuvieran sus amigas con ella.



Sonia se pasea por la casa de Lucía buscando a Andrés, pero sin éxito. Entra en el lavabo para retocarse frente al espejo y se encuentra estupenda. Hace tiempo que dejó de sentirse insegura y empezó a quererse como es: rubia, malhumorada, ho-

nesta y gorda. Y a pesar de que siempre la juzguen por su talla, ella está más que orgullosa porque rechaza que le impongan los típicos cánones de belleza y porque sus curvas llenan los sueños de muchos chicos y, sí, también de varias chicas.

Su vestido de cuero sintético tiene un escote pronunciado, y algunos tatuajes asoman por él, así como por sus hombros. Va muy maquillada, con sombra de ojos oscura y pintalabios granate. Ajusta su gargantilla al cuello y sale con decisión. No es de las que pasan desapercibidas.

Andrés sigue sin aparecer por ninguna parte: se conocieron hace año y medio en el hospital donde él trabaja de enfermero y, después de curarle una herida mal desinfectada, empezaron a salir. Al principio todos los veían como una pareja curiosa: Andrés es más bien esmirriado, y Sonia todo lo contrario. Pero como siempre, la estaban juzgando solo por su físico. Lo cierto es que llevan ya juntos seis meses,

más de lo que nadie hubiera apostado por ellos.

—¡Hola, preciosa! —Andrés aparece de repente y le estampa un beso en la boca—. Te he echado de menos.

—Pero si me viste esta mañana, ¿qué me estás contando? —bufa ella.

Andrés es cariñoso hasta resultar sobón y vive pendiente de Sonia, mientras que ella necesita espacio para su independencia y nunca antes había tenido una relación larga.

—Cariño, es que hoy no hemos comido juntos.

—Hazel pasará unos días en mi casa, ya te lo he dicho. Prefiero no tenerte por allí a todas horas para no incomodarlo.

Andrés pone los brazos en jarra y frunce el ceño:

—¿No será que se pondría celoso?

—Pero ¿tú eres gilipollas? ¿Cómo va a ponerse celoso Hazel? ¡A lo mejor eres tú el que siempre tiene celos!

Ante la respuesta airada de Sonia, él da

un par de pasos atrás.

—Oye, que tampoco es para ponerse así, hermosa.

Sonia se da cuenta de que se ha pasado, sonrío y le da un beso rápido. Van a tener la fiesta en paz, no quiere amargarse la noche por una tontería. En el fondo sabe que el agobio que le producen las preguntas de Andrés tiene un significado más profundo y por más que ahora estén bien, su relación tiene fecha de caducidad.



Ian y Lucía salen cogidos de la mano cuchicheando. Ella se peina con la mano mientras bajan las escaleras y le dice:

—Joder, cada día mejor, ¿eh?

Les gusta acostarse, se conocen bien y eso les permite desinhibirse a tope. Ian sonrío y cuando llegan abajo decide tomarse una copa. Al dirigirse hacia la mesa donde están las bebidas ve a Olivia,

de modo que para esquivarla cambia de dirección y vuelve hacia la pista, donde Lucía ya está bailando.

Olivia lleva meses detrás de él, pero no le gusta, la ve muy niña y se siente un poco perseguido por ella. Es muy mona, hasta simpática, así que la invitó cuando ella le contó que jamás había ido a una fiesta de noche. Lo cierto es que le dio pena y, por qué negarlo, ella lo miraba con tal admiración que lo soltó casi sin pensar. Pero en ningún momento se imaginó que se presentaría sola y que lo llamaría con tanta insistencia. Olivia lo entendió mal, o quizá quiso creer que era una invitación para salir a solas.

Ian baila despreocupadamente junto a Lucía hasta que ve a Hazel y se acerca para hablar un rato:

—Ha venido Olivia.

—¿La chavalita que anda detrás de ti?
—le contesta su amigo gritando para hacerse oír por encima de la música, que está a todo volumen.

—Sí.

—¿Y qué?

—Ha venido sola.

Hazel lo mira con suspicacia:

—¿Y me puedes explicar por qué?

—La he invitado yo... —Ian se pasa las manos por el pelo, nervioso.

—¿Y para qué la invitas si vas a pasar de ella? Eso no está bien, tío.

—¡No creí que vendría sin sus amigas!

—Menuda cagada. Siempre la lías. Deberías tener un poco más de tacto con las chicas. No son peluches, tío.

Ian pone los ojos en blanco y le da la espalda, su amigo siempre le da la chapa con el rollo de que es un niñato y no entiende las relaciones. Quizá sea verdad, para él ligar es fácil, pero no quiere compromisos. Y el problema siempre viene porque no deja las cosas claras y ellas se rayan. Pero ¿qué puede hacer si es un cabeza loca?

Lucía se contonea a su lado y le pasa la mano por la bragueta mientras sostiene su copa con la otra: le gusta jugar

a excitarlo hasta que ya no puede más. Él la besa profundamente, hasta dejarla sin aliento. Justo cuando se separan se gira y se encuentra con la mirada atónita de Olivia.

—¡Hola, Oli! —se inclina hacia ella para darle dos besos despreocupadamente.

En realidad está fingiendo alegría, porque no le apetece en absoluto tenerla allí enfrente como si le debiera una explicación.

—He estado buscándote. —Parece decepcionada. Es evidente que lo ha visto enrollarse con Lucía.

—He estado por ahí perdido...

La mira de arriba abajo, sin poder ocultar su desdén: le parece que va ridícula, con ese vestidito tan recatado, se ve a la legua que es una cría.

—Creo que me voy, estoy un poco aburrida —la voz le tiembla un poco.

—¡Mujer, quédate! Seguro que lo pasas bien.

—No conozco a nadie y antes un chico ha estado hablándome y acercándose y... no sé..., no estaba muy cómoda.

Ian se da cuenta de que la pobre se siente fuera de lugar.

—¿Te estaba molestando?

En este momento Lucía se lanza sobre él, ya bastante borracha, y le planta un beso en los morros. Cuando lo suelta, Ian ve que Olivia tiene lágrimas en los ojos.

—Me voy —murmura ella.

Y desaparece entre la gente, sin que Ian haga el menor amago de impedirse-lo. No tiene ganas de perder el tiempo consolando a una criatura: cuando crezca un poco, ya veremos.

—¿Quién es esa? —le pregunta Lucía cuando vuelve a girarse para mirarla.

—Una chica del instituto. Creo que se pensaba que quería ser su novio.

—¿Tengo que ponerme celosa?

Lucía desliza sus brazos alrededor de la cintura de Ian y lo mira alzando las cejas.

—¿Tú? Bueno..., ¿eso hará que estés

más loquita por mí?

—O que te mande a la mierda.

Ambos se ríen e Ian responde:

—Yo dejo que me mandes a la mierda si te vienes conmigo.

—Contigo me voy adonde sea.

Después vuelven a besarse y acaban enrollándose pegados a una de las paredes. Así llevan varios meses: es un no parar. Aunque Ian sabe que ninguna chica dura demasiado tiempo en sus brazos.



Hazel baila siguiendo el ritmo de la música que pincha su amigo Álex: aunque no tiene mucha experiencia como DJ (solo un par de fiestas en casas de amigos y un bolo en un bar bastante cutre de un polígono), se le da bastante bien y parece que todos están de subidón. Junto a Hazel, Sonia baila sobre sus tacones kilométricos y le hace un gesto para que se acerque.

—Wilson está en la puerta. Ve. No va a entrar si vas.

Hazel asiente y sale para encontrarse con él. Se cruza en la puerta con Olivia, que lo mira con ojos llorosos antes de traspasar el umbral como una exhalación. Wilson lo espera apoyado contra un árbol, liándose un cigarro. Lleva el pelo liso por debajo de las orejas y los labios pintados de un rojo oscuro. Su chaqueta es similar a la de Hazel, juntos parecen estrellas del rock, aunque en realidad el único que toca en un grupo es Wilson.

La química entre ellos es innegable: solo tienen que mirarse para sentir escalofríos. A Hazel le gustaría poder besarlo sin que se enfadara, pero Wilson tiene mucho carácter y nada más hay que ver su expresión para entender que no está para carantoñas.

—¿Qué quieres, cari? —su tono de voz es afeminado, y gesticula mucho cuando habla.

—Quiero que hablemos. No puedes enfadarte y desaparecer sin más —responde Hazel.

—¿Ah, no? Pero ¿tú sí puedes ir follándote a todo el mundo?

—Wilson, ya lo hemos hablado. Te dije que no quiero tener una relación cerrada. Ni contigo ni con nadie.

—Ya lo sé. Y no me importa eso... que te folles a todo el mundo. Pero... ¿tenía que ser Cristóbal? ¡Joder! —Da un puntapié a una piedra frustrado.

—¿El problema es que haya sido con Cristóbal?

—El problema es este.

Y sin mediar más palabras, Wilson se lanza a comerle la boca. Hazel se excita al instante y lo empotra contra el árbol recorriendo su cuerpo con las manos. Wilson gime dejándose llevar, hasta que Hazel se aparta de repente.

—Wilson, no... —se limpia el rastro de pintalabios de su boca.

—¿No qué?

—No podemos arreglar todos nuestros problemas olvidándonos de que existen.

—¿Y qué coño sugieres, Hazel? No sé qué hacer contigo, me tienes totalmente desequilibrado —confiesa Wilson con un hilo de voz.

—Mira, lo siento. No sabía que te iba a molestar que me acostara con Cristóbal. Decidimos que nuestra relación es abierta, así que podemos liarnos con otras personas.

—«Otras personas» no incluye a aquellas de las que hemos estado enamorados.

—¿Y por qué no?

—¡Porque no, joder! —grita Wilson, cada vez más alterado.

Hazel sabe que están subiendo el tono porque se tienen cariño y se sienten frustrados, pero no sabe qué hacer para arreglar esa movida.

—¡Wilson, ya está bien! ¡Deja de gritarme! ¿Cuál es el problema?

—¡Si te grito es porque eres un capullo sin corazón! —le responde alzando aún más la voz—. Lo que pasa es que estoy enamorado de ti y no sé qué hacer para controlarlo. Y si te tiras a Cristóbal me rompes en pedazos porque siento que vas a dejarme por él.

Hazel suspira y se lleva las manos a la cabeza mientras murmura con toda la calma de la que es capaz:

—Te pedí que no te enamoraras.

—¡Pues lo siento! Y ¿sabes qué es lo peor? ¡Que tú no eres capaz de querer a nadie por esos rollos que tienes del poliamor de los cojones!

—No digas tonterías, Wilson. No tiene nada que...

—¿Por qué coño no puedes enamorarte de mí, Hazel? ¿Por qué?

—¡Porque voy a la puta cárcel el mes que viene! ¡Por eso!

Hazel hunde la cabeza en sus manos. A lo lejos se oyen la música y los gritos

de la fiesta. No volverá a escuchar esos sonidos hasta dentro de tres años. Cuando Wilson lo abraza, llorando, siente que nada podrá consolarlo por todo lo que está a punto de perder.



Olivia vuelve a casa con la cara encendida de vergüenza y los pies ardiendo de cansancio. Ha regresado prácticamente a la carrera, solo ha aguantado en la fiesta una hora y media. Se siente estúpida y ridícula. ¿Qué le hizo creer que Ian la invitaba a ella nada más? ¿Para qué se ha escapado? ¿Para verlo enrollarse con otra? Habría sido mejor quedarse en casa y mantener la ilusión. Si Narella y Nadia la hubiesen acompañado, todo habría sido distinto.

Olivia

Alguien anda dspierta???

Siempre pensó que salir de fiesta sería lo más, pero la primera juerga de su vida no ha resultado muy emocionante que digamos. Por suerte, ya se ha colado de nuevo en casa, nadie se ha dado cuenta de su ausencia y pronto olvidará la noche de mierda que ha pasado.

Narella
Aki Narella

Su amiga siempre está disponible, da igual la hora que sea.

Nadia
Yo no puedo dormir menos mal que mañana es sábado

Olivia lee la conversación entre sus amigas, que le hace olvidar por un rato su mal humor.

Narella
Tu padre no?

Nadia

Si tia... no deajo de llorar cada vez
q veo sus fotos

Narella envía unos cuantos emoticonos con besos para mostrarle su cariño, y después cambia de tema:

Narella

K taaaaaaaal la fiestaaa reina de la
noxeee????

Olivia suspira y teclea:

Olivia

1 mierda. Ojala hubierais estado ahi.
M he sentido stupida porque lan
estaba cn otra chica y no conocia a
nadie

Narella

K dsastre!

Nada ha salido como ella esperaba... Pero allí están sus amigas para animarla. Narella no tarda ni medio minuto en contestar:

Narella

Bueno, piensa que en 3 años seremos nosotras las mayores... Y seremos las reinas de TODAS las fiestas

Iluminada solo por la débil luz de la pantalla, Olivia sonrío.

Olivia

Jder, lo bn k lo vamos a pasar!!!

Las tres amigas se envían un montón de emoticonos sin sentido para hacer un poco el tonto. Saben que el tiempo pasa volando, hace nada eran unas niñas y dentro de poco serán ya mujeres. Tienen prisa por que llegue el mo-

mento en que chicos como Ian o chicas como Lucía les hagan caso y las inviten a sus fiestas, pero ese día está tan cerca que casi lo pueden tocar con la punta de los dedos. Antes de apagar el teléfono, Olivia sonríe pensando en que dentro de muy poco podrán salir cuando quieran y con quien quieran... Y nadie las podrá parar.



¡No te pierdas la novela!

Tres años después de este relato, Olivia, Nadia y Narella tienen claro que van a vivir la vida a su manera: se enamorarán, disfrutarán del sexo, irán de fiesta y superarán todos los obstáculos, como quieran y con quien quieran. Pero ser libre y vivir intensamente no siempre es fácil...

Junto con Ian y Hazel, así como nuevos y atractivos personajes, vivirán fuertes experiencias y emociones potentes que les dejarán huella para siempre.

De nadie

Una novela sin censuras
porque la vida real no lleva filtros